

# *Meister Eckarth y las metáforas místicas del alma y la Deidad*

## *Meister Eckarth and the mystical metaphors of the soul and the Deity*

Mariano Olivera  
marianoo.74\_90@hotmail.com

**Resumen:** El propósito de este artículo, reside en mostrar y analizar, las metáforas más notables con las cuales el maestro dominico de vida espiritual Eckhart, transmite la reunión del alma humana creada y separada (existente) del Dios Creador, con lo Uno, o unidad esencial originaria, definida en su totalidad como Deidad. La atención se centra en alguno de sus sermones, donde se explican las alegorías del alma humana, la divinidad y la fusión o encuentro de ambas en la Deidad. Se trata de un recorrido interpretativo por elementos centrales y alegóricos de su mística nihilista y de su teología negativa, donde la única y última conclusión sostenible es que “Todo se hace Nada”.

**Palabras claves:** Todo, mística, Deidad, Dios, Nada.

**Abstract:** The purpose of this article is to show and analyze the most remarkable metaphors with which the Dominican master of spiritual life, Eckhart, transmits the meeting of the created and separate (existent) human soul of the Creator God, with the One, or essential unity original, defined in its entirety as Deity. The focus is on some of his sermons, which explain the allegories of the human soul, the divinity and the fusion or encounter of both in the Deity. It is a journey through central and allegorical elements of its nihilistic mystique and its negative theology, where the only and last sustainable conclusion is that “Everything is done Nothing”.

**Keywords:** Everything, mystic, Deity, God, Nothing.

### 1. Introducción

“Lo inexpresable, ciertamente, existe. Se *muestra*, es lo místico” (Wittgenstein, 2012, p. 131). La mística muestra la importancia de lo no dicho o expreso, frente a aquello que se dice y para ello busca un lenguaje transgresor, consistente en arremeter contra los límites lógicos del mismo. Así nos cercioramos que el camino de la mística y lo inefable de la divinidad resulta paradójico e irritante en nuestro siglo XXI, en un mundo virtual y ficcional en el que tanto la voz como el silencio de la experiencia interna son desvalorizados

y sofocados. A causa de la saturación informativa, tanto de imágenes como de lenguaje, resultan inconcebibles las teofanías y la religión organizada es valorada por gran parte de la opinión pública y por las más altas cúpulas del saber cómo ilegítima, no solo como método de conocimiento, sino también acaso por la acentuación de las acusaciones contra los actos impíos cometidos por personas e instituciones religiosas. En este sentido, parece importante remarcar el camino subterfugio de la mística, cuya relevancia actual parece residir en que es un fenómeno de carácter universal que trasciende el marco de lo netamente religioso y que lo continuará siendo, para la comprensión de la existencia humana, a pesar del ruido, el rumor y el aturdimiento mundanal.

¿Qué es el misticismo? Sin intención de dar una definición o respuesta concluyente, suscribimos a la postura contemporánea de Alois Haas el cual sostiene que: “La mística es, sobre todo junto al aspecto experiencial que con la razón presenta, una penetración inquiriente, apremiante y reflexiva en los misterios de la unión del hombre con Dios” (Haas, 1999, p. 99), además de ser “entendida como la tendencia fundamental de la existencia humana hacia la unidad con el fundamento desde y hacia el cual transcurre la vida” (Haas, 2007, p. 21). El místico es consciente y sospecha de que en su existencia cotidiana, detrás de la aparente discordia, discontinuidad, fragmentación y contradicción que nos asalta todos los días subyace una unidad oculta. Comprende que tras la multiplicidad aparente es en realidad una unidad, va en su contemplación más allá de las apariencias, y en ello añora a la deidad, la cual percibe más bien en su ausencia que en su presencia. Es aquella otredad que nos falta y nos funda, la ruptura de aquella unidad encubierta lo que nos mueve a la búsqueda de algo que se ha perdido. El deseo insatisfecho de encontrar lo ausente hace del místico un peregrino sin camino.

Es místico aquel o aquella que no puede parar de caminar y que, con la certidumbre de lo que le falta, sabe, de cada lugar y de cada objeto, que *no es eso*, que uno no puede residir *aquí* ni contentarse con *esto*. (De Certeau, 2006, p. 294)

En el mundo, con patencia en nuestra actualidad, el hombre creyente que se halla en la búsqueda infatigable de la huella de Dios, se concibe verbalmente incapacitado en lo que respecta a la trascendencia. Sin embargo, más allá de la insuficiencia comunicacional de las señales verbales o no verbales del hombre, puede apelar a una fuente histórica de valor indudable que le permite acceder al consuelo del lenguaje místico, en su riqueza poéti-

ca y reflexionar la existencia humana desde la perspectiva mística: los textos místicos. Los libros místicos, no dejan de construir una realidad histórica a la cual se puede apelar, en su impotente intento de decir algo de lo inefable y la comunión con Dios, como artefactos lingüísticos a los que los hombres contemporáneos y de otros tiempos futuros pueden aproximarse.

Es así que nos interesa rescatar y abordar uno de los escritos ejemplares del gran místico renano de los siglos XIII-XIV que interpela al XXI: Meister Eckhart. Para su mejor dilucidación iniciaremos con una breve descripción biográfica e histórica desde el cual surge y es condicionado su misticismo y para su ensalzamiento y relevamiento presente, expondremos el legado y la grata impronta que heredo para la tarea hermenéutica y las corrientes espirituales actuales.

La obra tratada del sabio maestro será la compilación de sermones publicados: *El fruto de la Nada y otros escritos*, que reflejan el dialogo silencioso del alma y Dios, con sus respectivas metáforas, en su relación vital y espiritual. El abordaje de este escrito nos permitirá una comprensión y transmisión expositiva más o menos simplificada, de la mística eckhartiana; ya que el objetivo esencial de nuestro trabajo es reducir a sus rasgos más generales, el conjunto de metáforas reunidas y analizadas en el (intento) de nuestro trayecto interpretativo a fines de orientar y destinada más bien a aquellos que se inician en la lectura contemplativa del maestro, que a quienes han rumiado y han profundizado en su estudio. Dicho en forma sucinta, nuestra intención es orientar en el abordaje de la obra rescatando y reuniendo aquellas metáforas que a nuestro juicio interpretativo resultan las más importantes para la comprensión de la mística eckhartiana, teniendo en cuenta que la finalidad del sentido de las representaciones eckhartianas no se agotan en ninguna interpretación particular.

El análisis metafórico propuesto partirá de las metáforas del alma humana en lo que concierne a su vaciamiento del mundo, consecuentemente la divinidad aislada, lo que representa a la creatura desde su posición distanciada, existencial. Finalmente la metáfora clave o fundamental de nuestro recorrido: la de la Deidad, inclusive el momento de la consumación del diálogo entre el ser creado y el creador (previamente separados): la transfiguración resuelta en nihilidad. La realización de todo este itinerario, contendrá y estimará en su totalidad, la distinción entre los conceptos de Dios y Deidad que nos ocuparemos de explicar como preludio a nuestro transitar en el apartado 3.

El siguiente cuadro esquematiza nuestro recorrido con referencia al escrito del autor. Esquematización que en sentido estricto es inadecuada, ya que distingue y divide en momentos lo unitario e inabarcable pero plausible si es adoptada y observada con fines didácticos.

<b>Metáforas, expresiones e imágenes</b>	
<b>Vaciamiento o extravío mundano del alma humana</b>	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Templo vacío, mercaderes</li> <li>2. Alma virgen y pura</li> <li>3. Desnudez de la imagen divina impresa en el alma, vestiduras temporales</li> <li>4. Pobreza de espíritu</li> </ol>
<b>Deidad</b>	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Anillo del ser</li> <li>2. Lugar sin lugar</li> <li>3. Fondo sin fondo, Abismo</li> <li>4. Modo sin modo</li> </ol>
<b>Transfiguración y Nihilidad</b>	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Vasos espirituales</li> <li>2. Mujer fecunda, preñada de la Nada</li> <li>3. Fruto de la Nada</li> </ol>

## 2. Misticismo, vocación y crisis religiosa

El maestro Eckhart nace en Turingia, *circa* 1260 en el seno del Sacro Imperio Romano Germánico. Es la expresión ejemplar del místico renano del siglo XIII. Una época convulsa, en una región atravesada por la renovación espiritual, consecuencia de la insatisfacción que ronda en torno a las formas vigentes de la religiosidad instituida y de las numerosas disputas y rivalidades entre distintas organizaciones occidentales, entre las que destacan: seculares y regulares, franciscanos y dominicos, el movimiento heterodoxo de los Hermanos del Libre Espíritu y las comunidades de Beguinas y Begardos. Por otra parte, los reyes compiten el poderío con el papado, el cual se divide entre la Santa Sede de Roma y el Vicario de Cristo obediente a la corona francesa, residente del denominado “papado de Aviñón”. Surgen numerosas corrientes religiosas, enzarzadas en la puja por la autenticidad de los líderes espirituales. Y en medio del conflicto general, la dispersión de autoridades, interpretaciones y potestades; abundan las sospechas, las delaciones y los listados interminables de herejías.

Eckhart florece históricamente a la sombra y situación del violento conflicto de ciertas instituciones, y como todo místico, especialmente en épocas de crisis religiosa o de persecución. La orden monástica que lo forma y acoge es la Orden de los Predicadores, en la cual ingresa desde muy tierna edad en el convento de Erfurt, hacia 1275. Luego se traslada al *Studium generale* dominico de Colonia fundado por San Alberto Magno, donde también se había educado santo Tomás de Aquino. En tal escuela prosperan sus estudios de

teología y se embebe en los escritos del Pseudo Dioniso y los comentarios de Alberto Magno. Consolida su formación en la Universidad de París, donde ejerce como maestro de Teología. Allí cobra fama e importancia de *meister* entre sus correligionarios.

No fue un teólogo aislado de la situación eclesial y social de su tiempo ni tampoco un dominico disidente, al margen de su Orden, sino todo lo contrario. A lo largo de toda su vida ejerce su vocación dominicana, desempeñando numerosas funciones y tareas de gobierno que se le encomendaron; se desarrolla sublimemente en dos ocupaciones: la enseñanza de la teología, y sobre todo la predicación, acompañada de la dirección espiritual. Lo que el renano pretendía sobre todo era ser maestro de vida del hombre espiritual, más allá de la teología organizada, de la cual consideraba que ya en abundancia se había dicho y significado de Dios, pero en escasez se preparaba la disposición para recibirlo con el corazón. Esto provocaba en él, la necesidad del místico silente: una vocación de enseñar a vivir en la simplicidad divina y leer en silencio los signos de Dios. Fue por su lectura que hacía de la vida espiritual y por su teología mística negativa, lo que provocó que fuera juzgado, sentando el precedente de ser el primer *magíster* teólogo de la Universidad de París en ser sometido a un proceso por sospecha de herejía. El principal ataque de sus enemigos estaba dirigido al núcleo de su enseñanza espiritual, no a los contenidos de su magisterio académico, sino más bien a la forma de su expresión, no ortodoxa, como predicador de la lengua alemana: transmitió innumerables sermones, dirigidos tanto al ámbito de la vida monástica, como al del pueblo llano. El uso vulgar de la palabra que practicaba, su formulación, la forma de vivirla interiormente y prodigarla de nuevo al exterior, resultaba irritante para los religiosos de las predicaciones latinas y formas convencionales.

Dentro de su orden, a la que se debía fraternalmente se generó un movimiento de defensa frente al proceso de sospecha, aunque también fue duramente señalado por algunos de sus hermanos, y se debió a la iniciativa de estos, que el examen herético de Eckhart comenzará. Fue acusado por tales, para ser puesto en la observación del legado pontificio Nikolaus von Strassburg, durante su visita en Colonia. Los más férreos opositores dominicos fueron Hermann von Summo y Wilhem von Nidecke (ver Acta 56). Esto no sorprende, ya que muchas de las obras de sus compañeros habían sido objeto de examen por comisiones inquisitoriales. En efecto, en el año 1277 el obispo de París, Etienne Tempier, había condenado una importante lista de tesis filosóficas y teológicas, entre ellas algunas de Tomás de Aquino y Alberto Magno. El papado francés, perseguía con celo, las especulaciones del magisterio aca-

démico, aunque lo que más disgustaba de Eckhart fuera su predicación en lengua vulgar a los iletrados. El *meister* es finalmente convocado a defenderse en Aviñón, donde muere en 1328 a la espera de una resolución, antes de que finalice la causa, sin haber tenido conocimiento alguno del veredicto definitivo. Un año después, el papa de Aviñón Juan XXII, tiene su respuesta y publica la bula *In agro dominico* (Eckhart, 2011, pp. 175-181) donde se condenan 28 artículos tomados de los escritos eckhartianos, ya de heréticos, ya de sospechosos. Aquellos que resaltan por su influencia mística y religiosidad negativa son: “Nosotros seremos transformados en Dios y convertidos totalmente en él...” (Artículo 10, N. 510, p. 176). “Dios ama a las almas, no la obra exterior” (Artículo 19, N. 519, p. 177). “Todas las criaturas son una pura nada: yo no digo que sean poco o algo, sino que son una pura nada” (Artículo 26, N. 526, p. 178). “Dios no es bueno, ni mejor, ni perfecto; si digo bueno de Dios, lo digo tan mal como si al blanco lo llamara negro” (Artículo 2, N. 528, p. 178).

Es por esta acta y otros documentos del proceso, que tenemos algunos datos de relevancia biográfica, de lo poco que sabemos de la vida del maestro y el místico alemán más importante y controvertido. Su espíritu de existencia, demandante del anonimato, el anonadamiento o la simplicidad: la “pobreza de espíritu” que predicaba en su doctrina, fue opacada o superada por su impronta célebre de magisterio en París y por la tutela constante de la sospecha jerárquica.

### 3. Diferencia entre Dios y Deidad

Es obligatorio discernir entre la divinidad y la Deidad desde los criterios eckhartianos. Conforme al autor definiremos el concepto filosófico de “Deidad” como la unidad esencial y originaria de las almas con la divinidad, anterior a la creación. Es decir, excluyente de toda configuración espacio-temporal, o mejor dicho la aniquilación tanto de las almas como de Dios en un mismo seno. Aquí se diferencia del concepto del Dios creador, propio de la teología positiva. Nos referimos a un momento atemporal, lejano a la creación, en forma antecedente (o circular, considerando la negativa de observar el tiempo como una línea), en el que todo lo que hoy existe no fuese tal como se muestra actualmente, por lo que no tendría sentido hablar de Dios. No podemos concebirlo en el sentido lógico temporal de que Dios “era” o “no era”, puesto que se mantenía inmutable, anterior a todo, incluso de sí mismo. Es cuando acontece la creación, o el surgir del ser, cuando se oculta la Deidad, manifestándose superficialmente tras un Dios, del que es difícil imaginar que no hubiera ema-

nado creaturas o que no fuera causa primera. La Deidad excluye toda razón o fundamento. Dios es aquello que se concibe como una Sustancia que ha fluido en lo que se derivó de ella. Así, el fin último del hombre es retrotraerse a aquello que nunca fue, ni será, lo que está más allá del ser y las creaturas y de toda lógica o derivación cósmica de Dios. Se trata de que el hombre se vacíe de Dios y de todo signo del mismo, en sentido estricto, un itinerario de vida mística.

#### 4. Metáforas del alma humana

Partimos de contemplar las metáforas del alma mística que debe ejercitarse en el modo de ser vacía, pura, desnuda y silente. Son idóneos los siguientes sermones, para tratar tales características a partir de la meditación: El templo vacío. La virginidad del alma. Dios es un verbo que se habla a sí mismo. La imagen de la deidad impresa en el alma. La imagen desnuda de Dios. Los pobres de espíritu.

La mística de Eckart es nihilista, un camino ascético de vaciamiento, purificación, silencio, y despojamiento o desnudamiento en la que el alma humana se asemeja progresivamente y se prepara para fusionarse con la divinidad, en su unidad substancial y esencial (originaria). El alma abandona y muere al mundo, ya que desde un principio se asemeja a la imagen de su origen creador, aquella Nada de la cual surgió y a la cual es feliz de retornar (*epistrophe*). El origen y fin es la Nada de Dios. Somos Nada porque de la Nada ex-sistimos (lo que esta ahí afuera de), somos arrojados al mundo como individuos fuera del seno o unidad de Dios, así como toda creatura agonizamos en sordo clamor por volver al seno de la Nada, ya que “Todas las cosas han sido creadas de la nada; por eso su verdadero origen es la Nada” (Eckhart, 1998: Vivir sin porqué, p. 50).

Para esto se requiere en primer lugar de que el alma se vacíe de si misma en cuanto ser creatural y del mundo.

En el sermón El templo vacío, el maestro afirma que Dios quiere mantener la morada interior absolutamente vacía, para que allí dentro no haya nada que no sea él:

Si quieres vaciarte absolutamente de toda mercancía, de forma que Dios te deje estar en el templo, todo lo que hagas en tus obras debes cumplirlo únicamente por el amor de Dios y mantenerte tan vacío de todo como vacía es la nada que no está ni aquí ni allí. No tienes que pretender absolutamente nada. (Eckhart, 1998: El templo vacío, pp. 36-37)

La región recóndita del alma, aquella donde habita el Verbo y la “imagen” originaria de la Nada, es el “templo”, morada que debe vaciarse de todo, para recibir al Dios increado en su plenitud. Estar vacíos de nosotros mismos y de toda creatura es estar repletos, colmados de Dios, negarse a sí mismo es plenitizarse en Dios, no ser/es ser/en Dios. “Estar lleno de todas las criaturas es estar lleno de Dios, estar vacío de todas las criaturas es estar lleno de Dios” (Eckhart, 1998: *Del ser separado*, p. 129). Se trata de desapegarse de todo lo temporal y mundano que encubre y oculta la verdadera esencia divina. Aniquilar la propia voluntad. Negar atributos o cualidades personales nuestras (construcciones identitarias temporales) y las imágenes o representaciones terrenales y lógicas que tenemos de Dios. Puesto que de lo contrario no seríamos mas que “mercaderes de nuestro templo” que cumplen la voluntad de Dios u obran bien, a la expectativa de una recompensa, en la búsqueda de algún beneficio o para un agrado inmediato y pasajero. Todo esto desemboca en una visión y práctica mercantil-ritual de la religiosidad. Los mercaderes encuentran en ella, una oportunidad de transacción, de trueque o intercambio, una moral negociada. Un proveedor que satisface el vano egoísmo, al contrario del Dios Providente que otorga lo necesario.

Mirad, mercaderes son todos aquellos que se preservan de los pecados graves y a quienes les gustaría ser gente de bien y hacer buenas obras para agradecer a Dios, como ayunar, velar, rezar y cosas por el estilo; todo tipo de obras buenas, y las cumplen con el fin de que Nuestro Señor les dé algo a cambio o que Dios haga algo por ellos que sea de su agrado: todos ellos son mercaderes. (Eckhart, 1998: *El templo vacío*, p. 36)

Pero alguna gente quiere ver a Dios con los mismos ojos con que ven a una vaca y quieren amar a Dios como aman a una vaca, a la que quieren por su leche, su queso y los beneficios que obtienen. Así hacen todos aquellos que aman a Dios por las riquezas exteriores o por el consuelo interior, pero estos no aman a Dios rectamente, más bien aman su interés personal. (Eckhart, 1998: *Como tenéis que vivir*, p. 64)

Obrar bien y concebir la Verdad, no implica el apego a lo propio, el tiempo, la cantidad, al antes y al después. Un alma liberada de toda imagen mundana de Dios y de todo aquello que la diferencia como yo-ego o identidad dada en la temporalidad; es un alma pura en su vacuidad. Conforme a la denominación del autor, Virgen que:

Indica alguien que esta vacío de toda imagen extraña, tan vacío como cuando todavía no era [...]¿Cómo puede el hombre que ha nacido y alcanzado una vida intelectual, quedar vacío de toda imagen como cuando todavía no era? ¿No es cierto que sabe mucho de cuanto son las imágenes?. (Eckhart, 1998: La virginidad del alma, p. 41)

El estado virginal, es remitido por Eckart al estado anterior a la creación-emanación y previo al haber nacido. Este desapego a la religiosidad e identidad temporal, critica la institución de la práctica ritual y los signos de la religión tradicional con la mediación de sus mercaderes, los arrogados mensajeros de Dios.

De la unidad divina en la Nada (Deidad), no se puede hacer ninguna representación sin distorsionarlo o confundirlo con aquello de lo cual esta excluido: la temporalidad, ya que “nada es tan contrario a Dios como el tiempo” (Eckhart, 1998: La imagen de la Deidad impresa en el alma, p. 71). Por lo tanto, no se puede decir o predicar nada de ella con adecuación o propiedad. Es tan inefable como incognoscible e inconmensurable, así el alma humana requiere ejercitar el silenciamiento para no “pronunciar nombre en vano alguno” o mejor dicho para no adjudicarle ninguna denominación o cualidad mundana que lo limite. El signo es para las cosas creadas terrenales, no se puede reducir a Dios al mismo. La creatura es signo imperfecto de Dios. Si pudiéramos conocer algo en Dios y le asignáramos un nombre, esto no es Dios, porque está sobre las denominaciones y la naturaleza. “Dios es un Verbo, un Verbo no dicho. San Agustín dice: ‘Toda la Escritura es vana’ [...] ¿Quién puede decir Verbo? Nadie puede hacerlo excepto quien es ese Verbo. Dios es un Verbo que se habla a sí mismo” (Eckhart, 1998: Dios es un Verbo que se habla a sí mismo, p. 83). Esto concuerda con la vía apofática o negativa de la teología práctica desde Dionisio y manifiesta en el Eriúgena que evita hacer afirmaciones sobre el Dios inefable, ya que mas bien solo puede conocer lo que no es - precisamente Nada- en razón de que reconoce que es (más que) todo lo que puede ser nombrado, y a lo sumo se pueden emplear aún incorrectamente superlativos en analogía de las predicaciones de lo que conocemos de la creatura. Así es *hyper- super-supra* esencial. Dios es más que Ser, (*hyperousios*), mas que justo (*hyperdikeios*), etc. Asignarle nombres a Dios es limitarlo y deformarlo. Solo así en nuestro silencio podremos oír el sordo clamor de toda creatura de retornar al seno de la Nada divina.

Otra metáfora que emplea Eckarth para referirse al alma en su relación de unidad con la Nada, es la de la “desnudez”, propicia para comprender la semejanza de nuestra imagen espiritual (increada e increable) con la de la

divinidad oculta tras la máscara o los ropajes artificiales de la creatura. La imagen divina es lo que está oculto, debajo de nuestra investidura creatural. No hay que realizar añadiduras a Dios, ya que debemos desapropiarnos o silenciarnos de toda representación, signo o imagen mundana, arrojar tras de sí de todas las vestiduras temporales, para poder asemejarnos a la máxima simplicidad de la desnudez divina, como cuando todavía no éramos. Desnudarse es despojarse de todo modo de ser creatural, Dios es el “modo sin modo”, la imagen sin imagen impresa en el alma del ente humano.

Aparta de Dios todo cuanto lo reviste y tómallo puro en el vestidor donde está descubierto y desnudo en sí mismo. Entonces permaneceréis en él. [...] El hombre brilla con su imagen en la imagen de Dios, aquella imagen que Dios es según la pureza de su esencia, y con la que el hombre es uno [...] cuanto más el hombre se desnuda, tanto más se asemeja a Dios, y cuanto más se asemeja a Dios, tanto más uno se hace con él. (Eckhart, 1998: La imagen desnuda de Dios, pp. 67-68)

Para poder abrazarnos a Dios y ser Uno con él en un mismo amor, debemos asemejarnos a su desnudez: “De ahí que si el hombre se une a Dios por amor es desnudado de las imágenes y formado y transformado en la uniformidad divina, en la que él es uno con Dios” (Eckhart, 1998: La imagen desnuda de Dios, p. 69).

En resumen se debe ser pobre de espíritu: “Es aquel que nada quiere, nada sabe y nada tiene [...] Si el hombre quiere ser verdaderamente pobre debe mantenerse tan vacío de su voluntad creada como hacia cuando él todavía no era” (Eckhart, 1998: Los pobres de espíritu, pp. 75-76). Tal como la deidad que no requiere identificarse, ni nada pretende, conoce ni se posee; volver al estado originario en el que no se quiso, no se conoció ni se posee, porque no había diferencia, solo unidad nihilista. Es un vivir sin porqué, vivir como un no nacido, vacío de tiempo, puesto que el yo creado y construido temporalmente es una apariencia enmascaradora.

Es el alma desnudada, simplificada en toda su humildad y caridad. *Homo-humus-humilitas*. El Dios desnudo, silencioso, recibe con sus imaginarios y amorosos brazos a quien, desnudado ante él, se entrega sin medida en la más absoluta pobreza. Mientras mas llenos estamos de las representaciones de Dios, menos llenos estamos de él.

A todo esto reiteramos que el propósito de asemejarse a Dios es ser como él en el espacio antecedente a la creación, como una Nada de la cual

todo surge. El hombre se niega a sí mismo y logra asemejarse a la nihilidad de la que surgió cuando aún la creación no era tal, fuera del devenir temporal. En esto se entiende que la divinidad del hombre es semejante a la de Dios en razón de la naturaleza increada que habita aún en él. Tal es la súplica u oración eckhartiana: “¡Oh alma mía, sal fuera, Dios entra! Hunde todo mi ser en la nada de Dios. ¡Húndete en el caudal sin fondo!” (Eckhart, 1998: El grano de mostaza, p. 142).

## 5. Metáforas de la Deidad

El místico configura la divinidad separada de la creatura a través de las siguientes figuras: anillo, abismo, fondo sin fondo, lugar sin lugar, modo sin modo. Expresiones que podemos hallar en los sermones *Vivir sin porque* y *el Anillo del ser*.

La divinidad fuera de la creación es ciega, no se conoce a sí misma, no es potencia inteligente que conoce todas las cosas. Dios en tanto Deidad ni es un ser ni es inteligible, ni conoce esto ni lo otro. Por eso Dios está vacío de todas las cosas y por ello es todas las cosas. Dios es Vacío de ser. La creación o surgir del ser, es el flujo derivado de una Sustancia (El Uno neoplatónico), es emanación o irradiación que participa en todas las cosas. El emanacionismo-creacionismo, Eckhart lo metaforiza en el anillo: el centro vacío es la Nada originaria, la circunferencia la creación material. El anillo no podría ser como tal sin su circunferencia, posible por el centro equidistante y espacio vacío. Es el vacío rodeado de ser, un lugar sin lugar, ninguna locación o sitio específico, fuera del tiempo, inaccesible para quien no se transfigure en tal naturaleza. Como tal, no se puede sentar ninguna causa de razón o fundamento último, por tanto: fondo sin fondo o abismo insondable. Ahora bien, la temporalidad como factor de la existencia es algo de lo que requiere desprenderse el alma humana si quiere penetrar el anillo material del ser hacia el centro vacío, originario y creador. La única forma de estar fuera del tiempo es la mortalidad, la muerte material, pero no cualquiera sino una profunda precedida por una vida ascética de vaciamiento, de tal manera que el alma humana en su pobreza toma forma de la máxima simplicidad divina. El centro del anillo es abismo insondable, fondo sin fondo, ajeno a toda configuración espacio-temporal y por ende de toda representación mundana. Es por ello que Dios no tiene estructura lógica alguna, en el sin modo, está el modo de Dios: allí donde todo retorna a nada. “Pues quien busca a Dios según un modo toma el modo y olvida a Dios, que se oculta

en el modo. Pero, quien busca a Dios sin modo, lo comprende tal como es en sí mismo" (Eckhart, 1998: Vivir sin porqué, p. 49). Sin más, inefable e inconmensurable.

## 6. Metáfora de la transfiguración

En el "momento" ontológico en que el alma existente o separada se fusiona con Dios, en un abrazo gozoso, nos referimos fielmente a la Deidad, el instante eterno en que la creatura abandona la (ex)sistencia, se asume como nonada. Pero ello requiere todo un camino de retorno, y una modificación que asume la forma original de Dios, denominada deificación, por ende, una transfiguración porque implica un cambio previo de forma, para la revelación de la verdadera naturaleza e imagen del ser creado. Para mejor comprensión de los conceptos ontológicos de transfiguración y deificación, recomiendo la lectura de los sermones: Los pobres de espíritu. Dios y yo somos uno. La imagen desnuda de Dios.

La anonadación y quietud del alma humana es la eliminación de toda diferencia e identificación con las otras creaturas. Un vaciado de todo lo cognoscible, incluido el yo, con la intención de retornar a la unión mística con la divinidad en la esencia originaria de la Nada (Deidad). En la temporalidad y nuestra experiencia terrenal construimos nuestro propio yo y nos diferenciamos de las demás creaturas o entes, olvidando la esencia vacua. Esto no ocurre con respecto a Dios, ya que como toda creatura procedemos de una misma unidad esencial. Ninguna relación diferenciadora es pertinente a Dios, ya que esta por encima del ser y de toda división. No nos hallamos aquí con la confrontación teísta de la Voluntad de un Ser Supremo con la voluntad de un individuo creado, no hay relación de Señor y siervo, Padre (o madre) e Hijo. La voluntad, el intelecto y la posesión se aniquilan en la nada originaria. No existe necesidad de ver a Dios como un dador Omnipotente del que se reciben servicios o favores, sino que se trata de la Unidad con él, tal como cuando no se era y la Deidad, no era la expresión de ninguna de estas potencias. Si bien algunas personas imaginan que deberían contemplar a Dios como si estuviera solitariamente frente a ellos, Eckhart no concuerda con tal visión teísta. "Quien desea algo de otro es siervo y quien paga señor [...] Si recibiera algo de Dios estaría por debajo de Dios como un sirviente y él, al darme, sería un Señor. Pero esto no debe sucedernos así en la vida eterna" (Eckhart, 1998: Dios y yo somos uno, p. 55). Todas las creaturas eran en sí mismas una unidad y allí estábamos idénticas con las que ahora en el tiempo nos diferenciamos.

Rogamos a Dios que nos vacíe de Dios [...] allí donde los ángeles supremos y las moscas y las almas son iguales, allí donde yo estaba y quise lo que fui y fui lo que yo quise. Pues cuando el hombre estaba en el ser eterno de Dios, no vivía en él nada más; es más lo que allí vivía era él mismo (Eckhart, 1998: Los pobres de espíritu, p. 77)

La metáfora que expresa idealmente esta unidad es la de “los vasos espirituales”. Estos a diferencia de los materiales tienen la misma forma que su contenido, son idénticos a aquello que contienen, pues lo contenido (la creatura) debió tomar la forma del contenedor (divinidad), para poder ser vertido en él. Mientras que el contenido y el contenedor difieren en el líquido y el artefacto material.

Recibir a Dios y entrar o penetrar en él, requiere de una transfiguración, deificación o conversión radical que se asemeje al mismo. Se sale de sí para entrar en Dios, una salida y entradas recíprocas que requieren la aniquilación del yo mundano, aquel que no se asemeja y enmascara el Vacío originario.

## 7. Los frutos de la Nada

El alma virgen que rechaza toda imagen o representación, dispuesta a su transfiguración y deificación, se torna en la metáfora de una mujer fecunda, preñada de la Nada. El alma se enriquece y nutre, empobreciéndose y vaciándose de Dios y de las creaturas. Es un parto o fructificación recíproca, porque son un mismo seno el alma interior humana y la Nada originaria.

Quien habla de Dios con un ejemplo cualquiera habla en un sentido impuro de él. Pero quien con nada habla de Dios lo hace correctamente. Cuando el alma llega a lo uno y allí entra en un rechazo puro de sí misma, encuentra a Dios como en una nada. A un hombre le pareció en un sueño –era un sueño de vigilia– que estaba preñado de la nada, como una mujer lo está de un niño, y en esa nada había nacido Dios; él era el fruto de la nada. Dios había nacido de la nada. (...) Veía a Dios, en quien todas las criaturas son nada. Veía a todas las criaturas como una nada, pues Dios tiene en sí a todos los seres... La nada era Dios. (Eckhart, 1998: El fruto de la Nada, p. 91)

La mujer preñada que concibe feliz fruto, es la alegoría más significativa de las que implican el parentesco del alma humana con la Deidad. Es la

mayor concepción y creación que el ser humano puede referir a sí mismo, para la consecución de su felicidad y el retorno al modo increado.

### 8. La actualidad hermenéutica de la mística eckhartiana

La tarea hermenéutica en torno al lenguaje metafórico y las imágenes de Eckhart es rica e inagotable. El maestro espiritual que una vez fue marginalizado y cuyas enseñanzas fueron formalmente condenadas y reprimidas por aquellos líderes eclesiásticos que temieron la malinterpretación por las gentes sencillas y su rechazo a la religiosidad; desborda actualmente el ámbito académico y los límites de la religión teísta instituida. Sus sermones han trascendido y cautivado no solo a los occidentales cristianos sino que también ha tenido impacto contemporáneo en otras religiosidades o supuestas corrientes espirituales desde el sufismo musulmán, los hindues Advanta-Vedanta, el budismo Zen hasta eclecticismos dudosos como el *New Age*. Sin embargo, Eckhart no se consideraba un oponente radical de la religión organizada ni pretendía desprenderse explícitamente de una extensa tradición de la contemplación occidental, así como se hallaba acentuadamente inscripto en un determinado contexto histórico de la mística cristiana presente tanto en las órdenes monásticas como en otras organizaciones espirituales menos formales. Es una concepción limitada aquella que sostiene que se aparta deliberadamente del cristianismo formal, mas bien se sobrepone a ello por medio de un lenguaje no convencional, metafórico y no sintetizable que enfatiza en la experiencia personal e intuitiva de lo Divino, ya que creía que prácticamente todos los conceptos humanos de Dios nos dicen más sobre nosotros mismos que sobre la divinidad. Y ello no solo escapa a la conceptualización, sino también a la interpretación ineludiblemente subjetiva del sujeto histórico situado: aún las metáforas e imágenes nos hablan sobre nosotros mismos, más bien sobre Dios y en ello reside su intempestiva novedad y potencial dialógico con otras religiosidades o posturas espirituales. Cada palabra que podamos decir no es más que una negación de Dios, que una declaración de lo que él es. Lo mejor es guardar silencio, en cierta "ignorancia aprendida", ya que para Eckhart si tuviéramos un Dios que pudiéramos entender o captar por nuestro intelecto, ya no lo consideraríamos Dios. Si la actividad propia del hombre es la de amar y conocer, nos hallamos en la encrucijada de que tales vías y potencias (la voluntad o afecto y el intelecto) imponen una modificación al ser divino que le resulta ajena. Ese algo ni ama ni conoce, pero posibilita que por amor podamos tomarlo a través de un velo, bajo cierta vestimenta, mientras que por

parte del intelecto no puede apresarlos en la mar de su falta de fundamento. Tal es la tensión humana que supone el lenguaje místico, consumado en la vacuidad. Eckhart reconoce que cuanto más se busca a Dios menos se lo encuentra, de tal modo que establece el deber de buscarlo de modo que nunca lo encuentres. Si no lo buscas: lo encuentras, tal es la paradoja que plantea. Así es un “modo sin modo” o “camino sin camino”. Esto conlleva la aceptación, en otras palabras, que Dios es fundamentalmente incognoscible, al menos en términos de lenguaje humano y pensamiento. Una idea inquietante, incluso amenazadora, para muchos de los contemporáneos del renano y que continúa siéndolo en nuestro tiempo. Eckhart, sin embargo, no temía este misterio central de la existencia, de Dios. En la mitad de su vida abandonó sus propios intentos de definir a Dios y en cambio se dedicó a enseñar a otros cómo adquirir una mayor conciencia de la ausencia y presencia divina dentro de ellos mismos, y en este reconocimiento juegan un importante papel, las metáforas e imágenes. Representaciones lingüísticas disruptivas que intentan con cierta impotencia transmitir algo acerca de lo inefable y “religable”. La novedad lingüística de Eckhart expresa ese trance que tienen los místicos con el lenguaje y los signos literalmente instituidos que no pudo satisfacer su tradición ni la teología organizada. Por lo que como todo místico se ve obligado a fabricar palabras, frases y giros lingüísticos que sustituyen una razón lógica por una paradójica, es decir, trasgrediendo cualquier posibilidad de verbalización en la lógica humana, cometiendo excesos o sobrepasando los límites lingüísticos que impelen a la paradoja. La consecuencia para el habla humana es clara: lo inefable rompe con las dimensiones lógicas y quizá sólo alcanza una resolución lingüística en el contexto de especiales manipulaciones retóricas.

El místico también lucha constantemente contra la necesidad de representar y lo que se presenta en el signo. Intenta alcanzar la presencia pero solo puede hacerlo a través de las representaciones. El místico quiere transparentar en sus expresiones el juego y la tensión entre presencia y ausencia de Dios, ya que en el fondo toda representación es una confirmación de ausencias, de vacíos, de falta.

Amador Vega advierte que la vocación del poeta Eckhart en sus metáforas es: “crear un lenguaje que escape a toda pretensión interpretativa” (Vega, 2011, p. 11), lo que podría hacernos pensar que el lenguaje de los místicos, sometido al juego de la ausencia y la presencia, implica dejarse llevar por la arbitrariedad de sentido. De tal modo, describimos a ciertos místicos (especialmente a Eckhart) como poetas en tanto buscan un lenguaje que los lleve más allá de la palabra heredada, y excesivos porque justamente en ese traspasar la

representación verbal, provocan en el lenguaje una explosión metafórica en la que en apariencia se pierde todo significado. Por ello la interpretación, consciente de la radicalidad, la fragilidad, la limitación y el exceso del lenguaje de algunos textos poéticos ubicados en la tradición místico religiosa de Occidente, debe procurar evitar que las imágenes que se extraen de ellos caigan rotas en pedazos, debido a su resistencia a ser trasladadas a conceptos y emparentadas en una descripción sistemática. No debemos contentarnos más que a una aproximación posible y respetuosa de tan imposible o embriagante expresión poética. Todas estas características distintivas consideradas por estudiosos recientes de la mística y notables en la obra de Eckhart, acusan una tecnología de los artefactos lingüísticos, que configuran en término de Amador Vega, una “hermenéutica imposible”, pero por ello incesante y resonante en nuestra actualidad, como un tortuoso laberinto del que nos hallamos imposibilitados de encontrar algún escape o salida concreta.

## 9. Conclusiones

Eckhart se distingue por proponer otra concepción de la religiosidad, en su radicalidad nihilista, que impacta bruscamente contra las estructuras formales y rituales tempestivas. Es el místico que nos desvela la paradoja de la plenitud vacía del Ser, donde Dios y su unidad, son “Todo” y “Nada” para el alma humana. Tal contradicción aparentemente insoluble, permanece latente en la siguiente cuestión: ¿Qué puede comprender la Nada para Eckhart; si se restringe de ser definida o significada? La Nada en el sentido eckhartiano no es menos que un gusano, una piedra o un microbio, la carencia total o resta de todos los entes sino más bien lo que excede la sobreabundancia del Ser, lo que está más allá, por encima del Ser. Nuestra lógica mundana evita la nihilidad signada en la muerte, el misticismo implica morir, restar nuestro propio ser, negar nuestro modo de ser creatura y fructificar en la Nada, tal como nuestro estado originario increado cuando todavía no éramos. La razón y el sentido común occidental han definido la Nada como ausencia o privación de ser, no considerando su otro extremo como condición originaria: por encima y en el Uno neoplatónico. La mística de un alma desprendida y en la vía del autoextrañamiento, distante y superadora al recuerdo confesional y el peregrinaje temporal del autoconocimiento; para florecer en el terreno de la nihilidad. El destino amoroso sin medida del ser humano, reside humildemente allí, donde su amor lo consume o anonada, y su alma es tan igual como las moscas y la jerarquía de los ángeles supremos. En definitiva, por su origen, todas las crea-

turas se hacen Nada en Dios. Hacia el punto de partida y el final de nuestro círculo, la fructificación nihilista en el alma humana, única fuente: la Deidad.

Poco más me atrevo a afirmar, antes de continuar arremetiendo contra los límites de la jaula de nuestro lenguaje mundano y creatural, mediante la re-significación continua de las metáforas expuestas y delatadas. Mejor resaltar el carácter o temple místico del autor, atenerse a la manera apofática y silenciarnos. “De lo que no se puede hablar hay que callar” (Wittgenstein, 2011, p. 133).

### Referencias

- Ancelet-Hustache, J. (1956) *Maître Eckart et la mystique rhénane*. París: Seuil.
- Baeza, R. (2007). El maestro Eckhart y la obra de Nishitani. La religión y la nada. *Círculo hermenéutico*, 7, 25-32.
- (2015). El concepto de pobreza espiritual en la obra de Marguerite Porète y en el pensamiento tardío de Meister Eckhart. *Revista Española de Filosofía Medieval*, 22, 193-203.
- Bara Bancel, S. (2008). Para entender al Maestro Eckhart y la mística alemana. *Ciencia Tomista*, vol. 135 (437), 453-485.
- (2017). El Reino de Dios en nosotros, según el Maestro Eckhart. *Pensamiento: Revista de Investigación e Información filosófica*, vol. 73 (275), 147-167.
- Caputo, D. (1987). *Radical Hermeneutics. Repetition, Deconstruction, and the Hermeneutic Project*. Bloomington e Indianapolis.
- De Certeau, M. (2006). *La fábula mística (siglos XVI-XVII)*. Madrid: Siruela
- De Libera, A. (1994). *La mystique rhénane. D'Albert le Grand à Maître Eckhart*. París: Seuil.
- Faggin, G. (1953). *M. Eckhart y la mística medieval alemana*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Godínez, H. (2017). La profundidad de Dios. El nihilismo místico implícito en el pensamiento de Eckhart. *Veritas*, 38, 121-140.
- Harrington, J. (2018). *Dangerous Mystic: Meister Eckhart's Path to the God Within*. Nueva York: Penguin.
- Hass, A. (1999). *Visión en azul. Estudios de mística europea*. Madrid: Siruela.
- (2002). *Maestro Eckhart. Figura Normativa para la vida espiritual*. Madrid: Herder.
- (2007). ¿Por qué y para qué estudiamos la mística? *Philía. Revista de la Bibliotheca Mystica et Philosophica*, 1, 9-49.

- McGinn, B. (2001). *The Mystical Thought of Meister Eckhart. The Man from Whom God Hid Nothing*. Nueva York: Crossroad.
- Maestro Eckhart. (2011) *El fruto de la nada y otros escritos*. Trad. Amador Vega. Esquerra. Madrid: Siruela.
- Nishitani, K. (2003). *La religión y la nada*. Madrid: Siruela
- Sanabria Arias, C. (2015). Camino *sin camino*. Una reflexión filosófica actual desde la mística de Eckhart y Silesius. *Veritas*, 33, 159-181.
- Soto Posada, G. (2012). El Maestro Eckhart: Filosofía y mística. *Estudios de Filosofía*, 46, 165-187.
- Vega, A. (2011). *Tres Poetas del Exceso; La Hermeneútica Imposible en Eckhart, Silesius y Celan*. Barcelona: Fragmenta.
- Wittgenstein, L. (2012). *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid: Alianza.